

De la Existencia en Sombras a la Identidad

- ★ Un Campesino ve en Mao al Hombre que lo Hizo ser
- ★ "Si uno Muere por la Revolución la Muerte es Grande"
- ★ Un Pequeño Mesías o un Savonarola en el Alma

Por JULIO SCHERER GARCIA

Sept
10

- v -

PEKIN, septiembre de 1971.—Si hoy lloviera sobre China, cada gota de agua traería consigo el nombre o el retrato de Mao Tse-tung y fecundaría los surcos y las espigas crecerían enormes, porque el salvador del país en 1949 se ha vuelto hacedor y providencia, fundamento de lo real y lo posible, razón de causas y efectos, perfección suma.

En la comuna de la amistad chino-vietnamita se nos explica que la cría de cerdos y el aumento de las cosechas son plausibles porque "se ha aplicado correctamente el pensamiento de nuestro Presidente, el gran líder Mao Tse-tung". Y cuando avanzamos por un pasillo que desemboca en la planta ordeñadora de leche, una consigna previene y alerta: "Unámonos para conquistar nuevas victorias: Mao Tse-tung".

Ocupa la comuna una superficie de 98 kilómetros cuadrados, tiene 7,000 hectáreas de tierra cultivada, una población de 40,000 personas, cría de patos, de caballos. Florecen los campos de trigo, de maíz, arroz, algodón. No hay un milímetro que denuncie descuido, no se diga falta de esmero. Recuerda el panorama la primera visión de China, desde el avión: inmensas zonas cuadrículadas que hablan de trabajo y celo. Un país que vela por sus recursos con amor.

Mueven a admiración las instalaciones: de material de desecho han nacido máquinas que funcionan con rigor. Hemos visto pedazos de hierro laminado

encajados unos en otros con paciencia infinita. Las cuadras de los caballos hechas de cobertizos elementales, funcionan con orden y limpieza. Rudimentarios aparatos para alimentar patos, viejos como el país, son prácticos, eficaces. La vida es real, dura: el grueso del trabajo se hace con los callos de las manos y aún se cava con las uñas.

La tarde es clara, diáfano el aire. Hombres y mujeres parecen seres transparentes. La sonrisa verdadera, naturales los gestos y ademanes. Se ha dicho con insistencia que hay chinos que recuerdan caras de mexicanos, así de familiares son unos y otros. Es cierto. Campesinos sin ojos tan acentuadamente rasgados, algo más que una línea apenas abierta, acusan semejanzas con hombres de nuestro altiplano.

¿LE DA MIEDO MORIR?

Cuelgan de los muros de la casa comunal fotografías de Ho Chi Minh y Mao Tse-tung. En una de ellas brindan, sonrientes ambos. Voluta de humo el Presidente de Vietnam; las plantas como tablonés, sólido sobre el piso, el Presidente chino. El contraste es total, como el de la vela y el cirio.

Ma Ching-chang levanta su taza de té e invita a beber. Es un campesino desproporcionadamente alto para el país, como de un metro ochenta, más cerca

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

Sept 10 V

De la Existencia en Sombras a la Identidad

Sigue de la primera plana

del moreno que del amarillo. Sin solemnidad, cuenta la vida de los 98 kilómetros cuadrados a él confiados, en su carácter de vicepresidente del Comité Revolucionario de la comuna.

"...después de la gran Revolución Cultural Proletaria también enviamos alumnos de aquí a cursar sus estudios en las universidades. Las condiciones para que sean admitidos en ellas son cuatro:

"Primero y ante todo, amar al Presidente Mao; segundo, amar el trabajo manual; tercero, participar en el trabajo manual durante más de dos años; cuarto, que la elección del aspirante sea también aprobada por los campesinos pobres y campesinos de la capa inferior (nunca, y nos fue explicado mil veces, comprendimos la diferencia esencial). Los tiempos de ahora no son los tiempos anteriores a la gran Revolución Cultural Proletaria. No aceptamos más a estudiantes que no sirven para nada. El estudiante ha de entrenarse para rendir cuentas, para ser útil a las amplias masas de nuestros trabajadores, campesinos y soldados".

—¿Cómo se sabe si el candidato a universitario ama o no al Presidente Mao?

"El Presidente Mao dice que no hay que temer a los rigores ni a la muerte, por ejemplo. Si el aspirante demuestra que no teme a los rigores ni a la muerte, que estudia y hace vivo el pensamiento Mao Tse-tung, es que lo ama".

Ching-chang habla de su propia vida:

"He visto transcurrir la guerra, participado en la resistencia contra Japón. Luché por la revolución, contra el imperialismo, por el derrocamiento de las clases explotadoras".

—¿No le da miedo morir?

—Sólo cuando uno lucha por la soberanía de China y del mundo, no teme a la muerte. Nosotros hemos conquistado la victoria porque contamos con el espíritu revolucionario de no temer a la muerte ni a los rigores de la vida, armándonos con el pensamiento Mao Tse-tung.

—¿Tiene usted hijos?

—Cuatro.

—¿Sufriría si los viese morir?

—Uno de mis hijos sirve en el ejército, otro se ha establecido en las zonas

rurales, en Mongolia interior. Si mis hijos mueren por la revolución, en vez de sufrir me sentiré lleno de gloria como su padre.

—¿Qué piensa de la muerte?

—La muerte tiene distinto sentido.

Si uno muere por la revolución, la muerte es grande como la montaña Taishan, imposible de olvidar. Si uno muere por los reaccionarios, la muerte es liviana, intrascendente como el vuelo de una pluma.

—¿Qué es para usted la vida?

—Mi vida significa luchar por la liberación del mundo.

LAS FUENTES DEL AMOR

—¿Será eso la vida? ¿Un pequeño Mesías en el fondo del alma? ¿O la pureza sin mancha, el ardor en la perfección, como Savonarola? ¿Será cada vicepresidente de Comité Revolucionario hombre con algo de Mesías o de Savonarola?

Son preguntas, algunas de las más superficiales, quizá, que plantea la China contemporánea. Es fácil afirmar que los vicepresidentes de comités revolucionarios obedecen ciega, fielmente las consignas del partido, maquinaria a la que se sirve o tritura. Pero seguramente no es la respuesta así de simple. Porque estos hombres se veían apenas ayer como tierra informe y hoy, erguidos, en posesión de una mirada en el horizonte. De la esclavitud, balbuceo, existencia en sombras, a la identidad, relámpago, atisbo de la conciencia. ¿No es comprensible, explicable hasta volverse inevitable, que vean en Mao al hombre que los hizo ser?

Como quiera que se le mire, el problema resulta atroz. El amor a la humanidad es luminoso en teoría, pero insalvable en la práctica, como no sea para los dioses o quienes se sienten con tamaño de dioses. El hombre, al menos en Occidente, ama a su igual, otro hombre, pero no a la abstracción, a todos los hombres disueltos en un concepto, forma sin sangre. El amor a la humanidad —que es el amor sin asidero, amar sin amar a alguien— es helado, terrorífico. Vienen a la mente las palabras de Caimus, que decía más o menos:

"Conozco algo casi tan espantoso como el odio: el amor abstracto". Amor sin lazos, sin las dulcísimas cadenas que son razón del mismo amor.